

EL RELATO FANTÁSTICO COMO METÁFORA DE LA EXISTENCIA HUMANA.

Una referencia a los cuentos de J.R.R. Tolkien.

Francisco Rodríguez Valls. Universidad de Sevilla

Resumen. El presente ensayo trata de ofrecer la antropología contenida en algunos de los cuentos más importantes de Tolkien: Egidio el granjero de Ham, Hoja de Niggle y El herrero de Wootton Mayor. El punto de vista que Tolkien ofrece en ellos es presentarnos una metáfora de la existencia humana en la que se valora la acción del ser humano en su entorno cotidiano y el esfuerzo que éste realiza por transformarlo conforme a los valores que considera que pueden hacer del mundo algo mejor.

Abstract. This paper deals with the philosophy of man in some of the most important stories by Tolkien: Farmer Giles of Ham, Leaf by Niggle and Smith of Wootton Mayor. Tolkien's point of view in these stories is offering a metaphor of human existence in which is positively regarded a removing action of human being in his most immediate sphere according to those values which can make a better world.

Quisiera hablarles de algunos aspectos de la antropología contenida en la narrativa de Tolkien. Voy a referirme a los tres cuentos que publicó en un único volumen la editorial Minotauro en diciembre de 1981 y que llevan por título Egidio, el granjero de Ham, Hoja de Niggle y El herrero de Wootton Mayor. Sinceramente pienso que, en ellos, Tolkien cuenta en breve lo que en sus obras mayores se enuncia por extenso.

1. Egidio, el granjero de Ham. La suerte y la virtud.

La fecha de composición de Egidio es el año 1949. Es posterior a El Hobbit y a El Señor de los Anillos. Refleja en la figura de su personaje principal la existencia sencilla y placentera del campesino acomodado y bien instalado en su mundo domesticado: su granja, su familia, su perro, su mercado. Esos son los límites a los que quiere ceñirse su protagonista. No le hace falta más para llevar una existencia feliz. Está claro que recuerda la esencia de los hobbits y de los límites del mundo de los hobbits: la Comarca. Nada más quiere que haya y, si lo hay, sencillamente no es de su incumbencia. Si existen horizontes más allá de esa realidad... peor para la realidad. Mi vida y mi existencia deben ajustarse a mis planes sobre ella. El hombre debe dominar los horizontes de su existencia, debe ser su señor; su voluntad debe ser la que establezca los límites de lo que su existencia debe ser. Ese es un viejo propósito de los seres humanos: construir culturas que domestiquen el mundo de tal manera que nos encontremos a gusto en él y, por supuesto, evitar los sobresaltos. La cultura es una vía de imponerle formas a la realidad indomable para que se pliegue a nuestros designios. Y mientras más elaborada está la cultura más ocurre eso: el hombre es capaz de vivir dentro de ella como si no existiera otra cosa, como si la realidad fuera exclusivamente su mundo elaborado. Y tan fuerte es esa condición que lo nuestro acaba por parecernos lo natural, lo obvio y lo espontáneo y, si tenemos referencias de otras costumbres o de otras creencias, la tentación más inmediata es la de tildarlas de raras. Es verdad que el hombre puede construir mundos en los que refugiarse y en ellos vivir ajeno a los mundos de los demás y, en cierta medida, ajenos al propio mundo natural.

¿Pero qué ocurre cuando esos límites son demasiado estrechos? Posiblemente que la vida se impone y quiebra las pequeñas aspiraciones. Cuando la realidad va más allá de lo que uno quiere que sea la realidad resulta que la que entra en crisis es mi visión de la realidad y no la realidad misma. El mundo acaba imponiéndose y rompiendo los esquemas preconcebidos. Y eso pasa sobre todo con la presencia de

la biología en la existencia humana, en la dificultad de asumir que somos cuerpo: el dolor, la enfermedad y la muerte, el crecimiento cuando llegamos a la vejez y el cuerpo que con la enfermedad y el desgaste —a pesar de nuestros deseos— no responde. Como se dice al principio del cuento (pág. 10): “Ninguno de los dos (ni Egidio ni su perro) prestaba atención al Ancho Mundo de más allá de sus tierras, del pueblo y del mercado más cercano. Pero el Ancho Mundo estaba allí”. La realidad está ahí llamando e imponiéndose y, por qué no decirlo así, provocando. La realidad provoca crisis, la mayor carga ontológica del mundo que está fuera de nuestra elaboración hace que salgamos a conquistarlo. Primeramente para alejarlo y que podamos volver a descansar en nuestro mundo. Pero el peligro que eso lleva es que enfrentarnos con otros mundos nos hace conscientes de que lo nuestro es limitado, de que hay otros seres que esperan y que requieren nuestra presencia.

En el cuento que comentamos Tolkien nos narra en una delicada clave de humor el mundo pequeño de Egidio, cómo se ve obligado a salir de él para defender lo suyo y cómo remoloneando y no precisamente por altos ideales va poco a poco tomando medidas que le convertirán, por una gran carga de suerte, en un héroe para sus convecinos: dispara por azar y sin intención contra un feroz gigante al que logra ahuyentar, recibe de parte del rey —sin que el rey se percate del valor de su regalo— una espada mágica que le hará enfrentarse con éxito a un fiero dragón que acabará aliándose con él y que termina por hacerle poseedor de un gran tesoro y, al final, de un reino, de un nuevo reino del que forma parte su antiguo mundo construido. No quiero entrar en detalles porque lo que quiero es provocar que se lean el cuento si no lo han hecho o que lo vuelvan a hacer si no recuerdan bien su trama. Tan sólo quiero comentar dos cosas que creo que se ponen de relieve con mucha fuerza en él: primero que el resto de los personajes de su mundo, algunos a pesar de su nobleza heráldica y de que tengan por profesión ser héroes, están acomodados a lo que se espera de ellos sin mostrar el más mínimo entusiasmo. Son seres faltos de las virtudes propias de los grandes hombres por no haberlas sabido ejercer en su existencia diaria y haberse dejado llevar por la vanidad y la envidia dejando el ejercicio virtuoso sólo para las ocasiones especiales. Son caballeros y reyes tan sólo de nombre, no se ajustan al viejo modelo clásico de heroicidad que narraban las epopeyas antiguas. Son reliquias oxidadas de un pasado glorioso que sólo permanece en la memoria de unos pocos. Son sólo nombres que no responden a lo que se espera de ellos. En segundo lugar: además de la suerte, que sin duda se le ofrece, Egidio muestra en su pequeñez de aldeano las virtudes que le faltan a los supuestos grandes hombres. Tolkien nos muestra así que la suerte no es el único motor de la victoria final. Hay que saber tomar las decisiones adecuadas y hacer las acciones oportunas y eso es, aunque seamos hombres sencillos, lo que nos convierte en seres humanos que han justificado su existencia ante los demás y ante su propia conciencia. La vida se presenta así como una mezcla de suerte y de trabajo sobre la propia personalidad que redundan en la construcción de un mundo mejor que el que encontramos. El final de Egidio es un final esperanzador ya que deja un mundo mejor para mucha más gente gracias al ejercicio de las pequeñas virtudes que ejerció como hombre sencillo y que le hicieron portarse como un auténtico caballero cuando llegó el momento y la situación se lo exigió.

El tema de Egidio es la victoria del hombre sencillo; hemos dicho que esa victoria es la que justifica su existencia ante él mismo y los demás. Pero creo que donde se narra mejor en qué consiste la justificación de la propia existencia, de una existencia que se redime por lo que hace a pesar de todas las circunstancias adversas, es en el cuento segundo que vamos a tratar: Hoja de Niggle.

2. Hoja de Niggle. La justificación de la existencia humana.

Hoja de Niggle fue escrita en el año 1939, año en el que Tolkien había acabado de redactar los primeros nueve capítulos de *El Señor de los Anillos*. Posiblemente sea el texto más alegórico de los tres que vamos a comentar y por ello el que más se preste a la libre interpretación. En cualquier caso creo que la que realizo no obvia ninguna parte del texto y, por ello, creo que es una interpretación válida aunque

posiblemente no sea la única posible. Hoja de Niggle narra la existencia cotidiana y la muerte de un pequeño artista vocacional no reconocido que lucha por hacer su arte contra viento y marea. Frente a las interpretaciones esteticistas que se han hecho del escrito, creo que lo de menos en la narración es que Niggle sea un artista, creo que lo que Tolkien quiere representar es a todo hombre que tiene la sensibilidad suficiente como para querer aportar su propio grano de arena en la elaboración de un mundo mejor, en este caso, más bello.

Una de las cosas que llaman la atención es la visión melancólica, incluso triste, que se transmite del protagonista. Desde el mismo comienzo se dice: "Había una vez un pobre hombre llamado Niggle, que tenía que hacer un largo viaje. Él no quería; en realidad, todo aquel asunto le resultaba enojoso, pero no estaba en su mano evitarlo. Sabía que en cualquier momento tendría que ponerse en camino, y sin embargo no apresuraba los preparativos" (pág. 91). Llamar pobre hombre al protagonista está justificado no como calificativo de desprecio sino en tanto que el protagonista no tiene nada de héroe de caballerías, no participa de los arquetipos clásicos de realización de la existencia humana como son el guerrero, el sabio o el santo. Niggle, como Egidio, vivía en su pequeño mundo construido y no tenía nada de héroe: no dominaba las voluntades de nadie, antes se plegaba a las exigencias de los demás, apenas podía superar su pereza y tenía todos los defectos del carácter de cualquier persona normal. Llamarlo pobre hombre está justificado como contraposición al guerrero, al sabio o al santo, ninguna de esas cosas están cerca de lo que era Niggle. Realmente era buena persona: sabía realizar las tareas que la vida le imponía, esas tareas que nos parecen un engorro pero que son necesarias para que no se deteriore nuestro mundo construido; incluso era generoso con su tiempo cuando los que tenía alrededor le pedían ayuda. Era generoso con el prójimo aunque al quitarse ese tiempo de sus cosas le surgiera un interno bufido de enojo. Niggle es, por tanto, la imagen de cualquier hombre bien acomodado. De un hombre que se ha plegado al mundo que ha recibido y que ha aceptado las obligaciones que le impone ese mundo. Pudiera ser perfectamente cualquiera de nosotros y en el sentido en que nosotros mismos somos "pobres hombres" en tanto que no somos ni héroes, ni sabios ni santos. Era un hombre normal: ni demasiado bueno ni demasiado malo. Pero tenía una pasión: su arte. Eso era lo que a él realmente le gustaba hacer, era lo que hacía en su "tiempo libre". Era aquello en lo que, vulgarmente lo llamamos así, se realizaba. Según se nos muestra en el cuento era lo que, según él, justificaba su existencia. Se sentía hombre pintando, sentía el sentido de su existencia creando paisajes: árboles, hojas y montañas.

La tarea de pintar se le impone con cierta urgencia por el viaje que está llamado a hacer. El lector rápidamente cae en la cuenta de que ese viaje tan poco deseado es la muerte. El protagonista quiere acabar su obra antes de emprenderlo, pero Tolkien nos deja claro que no está en nuestra mano decidir el momento, ni siquiera retrasarlo un instante. Niggle quiere encerrarse para dedicarse a lo "suyo", pero todo se le vuelve en contra y el viaje le coge sin haber acabado lo que emprendió, le coge sólo con una parte realizada del gran proyecto inicial. En este sentido, Niggle es también imagen de cualquier hombre que siente inquietudes y que quiere aportar su grano de arena a este mundo a pesar de los obstáculos que le pone el propio mundo con las tareas que nos manda hacer. Son los hombres finos de espíritu que, además de sus aspiraciones, tienen que vérselas con las pequeñas cosas del mundo y ocuparse de ellas. Son los hombres, entre los que nos contamos, que queremos justificar nuestra existencia desarrollando los pequeños dones que nos han sido dados al mismo tiempo que arrancamos a la tierra nuestra existencia por la obligación que tenemos de ganarnos la vida. Posiblemente contribuir con nuestros dones e inquietudes sea una justificación que nadie nos exija, que vaya más allá de nuestro deber y que quizás a nadie le importe... salvo a nosotros mismos que queremos aportar al mundo algo pequeño pero especial.

Frente a la mayoría de posturas filosóficas que desgranar y se deleitan en el pensamiento de que la existencia del ser humano no tiene ningún sentido, Tolkien tiene algo muy distinto que contar ya que tiene una visión esperanzadora propia de las creencias que tuvo en un juicio de una conciencia superior sobre el valor de

nuestra existencia y de la redención de nuestra vida por las obras que hemos hecho en ella. La vida humana tiene un sentido trascendente y será juzgada no por la miserable justicia humana en la que no dejaremos de ser pobres hombres y en la que nuestro nombre pronto desaparecerá del mundo en el que vivimos con todo lo malo y a pesar de todo lo bueno que hicimos. Ese es el fin terreno de los hombres que no son héroes, ni sabios, ni santos. Al hombre normal no le queda la gloria de que su nombre permanezca en la boca de los hombres. Pero no es desde luego el mejor lugar donde las obras deben permanecer. ¿Puede existir un sentido de la historia y de las acciones humanas donde alcancen el auténtico valor que ellas tuvieron a pesar de que nadie se dio cuenta de los sacrificios y de las virtudes que se ejercieron al realizarlas? ¿Podría hablarse de un reino donde se alcance la verdad, la justicia y donde los hombres y sus acciones puedan ser elevados por sus méritos al lugar que les corresponden? Todos tenemos la experiencia de las tantas cosas buenas que se hacen sin que nadie se percate de ellas. Lo sabemos como padres, como amigos, como profesionales. Tolkien nos ofrece una visión trascendente: nada bueno se pierde, ninguna acción buena cae en el olvido. Incluso más, cada ser humano, después de un periodo de reflexión sobre el sentido de su vida, puede integrar en una unidad maravillosa todo aquello que consideró un incordio y que tuvo que hacer por los demás y aquello especial con lo que quiso contribuir al mundo. Ambas cosas justifican nuestra existencia: lo cotidiano y lo especial. Y nada de eso se perderá y será transmitido en un juicio universal en el que al saberse todo lo bueno y lo malo, al transparentarse unos espíritus y otros, toda bondad se podrá aprovechar y todo mal se redimirá por el exceso de bien. Tolkien, desde sus creencias esperanzadoras como cristiano católico justifica la necesidad del bien que nadie ve o que nadie quiere ver o, sencillamente, que estamos tan ocupados con nuestras cosas que no reparamos en ello. La historia universal que nos encontraremos en el juicio final no es solamente la historia de los héroes, los sabios y los santos. Es también la de todos aquellos que fueron esas cosas en pequeño, asumiendo su condición de seres que tenían que redimirse y que tenían que redimir a otros a través de sus acciones. La esperanza es que todos gozaremos del bien de todos y que, por tanto, en lo que a nosotros respecta, ninguna buena acción caerá en el olvido. La idea de Tolkien es que es maravilloso que los hombres quieran transmitir algo a los demás y justificar su propia existencia, pero que eso “especial” se une a lo cotidiano y a la virtud que se muestra al saber sacrificar lo propio por ayudar a los demás. Esa actitud engrandece la obra de nuestra vida. Lo grandioso de Niggle no fue solamente su pequeño arte, el arte que él creía que era su vocación. Su pequeña grandeza fue también dejar de hacerlo cuando los demás le requerían su ayuda, cuando iban –según él– a molestarlo y refunfuñaba por dentro. Es el arte junto con el sacrificio del arte por el bien de la humanidad lo que justifica al protagonista y lo que, posiblemente, nos justifique a los que como él no somos ni héroes, ni sabios ni santos.

Creo que esa es la lección del segundo cuento de Tolkien. Pero para ser conscientes de eso hace falta salir de la rutina y cotidianeidad que todo lo banaliza. Para salir de esa situación hace falta entrar en contacto con el misterio y con lo sobrenatural, darnos cuenta del sentido grandioso y eterno de las pequeñas cosas que nos rodean. Y creo que ese es el tema del tercer cuento del que vamos a tratar.

3. El herrero de Wooton Mayor. Darse cuenta del misterio.

Nuestro último texto es un breve escrito de madurez. Fue publicado por vez primera en 1967. El herrero es un personaje al que le toca la suerte de ser poseedor de una estrella mágica del país de Fantasía. Eso le hace estar en contacto constante con lo que podríamos llamar lo misterioso, ese carácter mágico y trascendente que encierran las cosas que nos rodean y que fácilmente nos pasa desapercibido si no las observamos con cuidado. Esa sensación de no haber sabido aprovechar el trato y la circunstancia es la que sentimos, por ejemplo, cuando muere un ser querido y nos damos cuenta de las veces que no supimos valorarlo, de las cosas que no quisimos contarle y de las veces que no supimos escucharle. En su falta nos damos cuenta de

su misterio. Y lo mismo surge, en positivo, en otros momentos estelares de la vida humana. Nos damos cuenta del misterio cuando inauguramos el amor, cuando empezamos en la profesión que nos apasiona o cuando descubrimos nuestra forma especial de contribuir al bien del mundo. ¿Por qué, entonces, tendemos a convertir todo en rutina, a aprisionarlo en una costra de piedra donde pierde la vida que en verdad late por todos sus poros? Y es que la costumbre tiene la tremenda desdicha de trivializar, de reificar. Convertimos lo sublime en cosa por estar en constante contacto con él y le perdemos el respeto.

Por motivos de técnica narrativa Tolkien separa el mundo de los hombres del mundo de la Fantasía. El herrero sabe cruzar los límites de un país y otro de tal manera que la frontera la tiene siempre clara. Pero creo sinceramente que es sólo una técnica para transmitir con más claridad el mensaje. El mundo de Fantasía está aquí pero sólo se descubre al que tiene abierto el corazón para comprender las cosas que ocurren como si pasaran por primera vez. Es convertir en habitual la primera mirada hacia cualquier acontecimiento. Esa actitud nos abre ante la maravilla de cada nuevo espectáculo natural y humano. Pero, además de eso que es en sí valioso, lo que realmente aporta es evitar los prejuicios ante el mundo. El prejuicio no es más que ver una cosa con la memoria de otra vez que pasó o por lo que experimentaron otros y sólo sabemos de oídas pero nos atrevemos a juzgarlo. Prejuicio es haber juzgado antes de experimentar y, por lo tanto, ocultar la realidad que se nos ofrece con palabras y pensamientos. Prejuicio es quitar a la realidad la chispa de la novedad y no saber en verdad darle su lugar apropiado dentro del mundo.

El contacto prístino con la realidad natural y humana nos desvela su misterio. Pero hay además una segunda forma de comprender el misterio aunque en apariencia consista en negarlo. A esa segunda forma se la llama sabiduría. Parece ser que el saber consiste en objetivar –convertir algo en objeto–, analizar, diseccionar e incluso manipular. Eso es lo que algunas corrientes entienden por ciencia y por auténtico saber: la reducción de lo real a lo cuantificable y mensurable. Pero no cabe duda de que, más allá de la ciencia y como una disposición diferente de ella, la sabiduría se pregunta por el sentido de todo lo que sabe y por ello es capaz de hacer una síntesis con lo que no sabe y no puede saber y acabar percatándose del milagro de que las cosas sean como son y de que el hombre, una minúscula parte del universo, tenga el privilegio de acceder a ellas. La sabiduría es capaz de colocar cada cosa en un orden apropiado en el que ha tenido presente lo que todavía no sabe. Conforme a eso es capaz de interpretar la existencia y darle un sentido dentro de los avatares del mundo. Y ese sentido va impregnando cada vez más lo cotidiano, ofreciendo una panorámica cada vez más cabal del universo natural y humano: de la vida, de la muerte, de la ciencia, de la fe, de lo que vemos y de lo que no podemos ver.

Acostumbrarse a las cosas es ser miserable con ellas, no saber darles sentido es lo más parecido a perder el alma propia y a convertirnos en brutos. Pero no es esa la única enseñanza que Tolkien nos quiere transmitir con ese cuento. El herrero recibió su estrella mágica, según parece al comienzo, por fruto del azar, al comerse el trozo de pastel que la suerte le deparó. Después se sabe que todos aquellos que llegan a ser poseedores de la estrella han sido previamente elegidos sin mérito alguno por su parte: no son los más listos, ni los más guapos, no hay realmente un motivo humano que lo justifique. Por ello creo que ese azar no hay que interpretarlo como una ciega casualidad que hace que unos tengan un especial acceso a lo invisible y otros no. Creo que lo que Tolkien quiere transmitir es que aquel que es capaz de tener ese especial acceso a lo real no debe ufanarse por ello y usarlo como instrumento de poder y de dominio. La magia de Fantasía no se debe usar caprichosamente para satisfacer los deseos personales sino para enseñar a los demás a darle sentido a las cosas. Eso lo hacía el herrero con su mujer y sus hijos. Pero el hecho de que cada portador de la estrella tuviera que pasársela a la siguiente generación también nos trae la idea de que esa capacidad es un don del que tenemos que rendir cuentas ante los demás hombres.

Si quieren que les ofrezca mi interpretación no literal del cuento, creo que cada

ser humano nace con la estrella de Fantasía. Cada hombre y mujer tiene la capacidad de ver el misterio en su rutina cotidiana y cada hombre y mujer tiene la responsabilidad de transmitirla a aquellos a los que tiene al lado. El descubrimiento del misterio es una vocación universal. Y, si quieren aún que profundice más en esa interpretación no literal, creo que esa responsabilidad se satisface a través de la palabra. Hoy en día la palabra está desprestigiada y pocos son capaces de dialogar poniendo en ello el corazón y el alma. Y es a través de la palabra de donde nace el respeto: de la palabra dialogada, no de la palabra impuesta, no del monólogo usurpador de las conciencias. Si queremos solventar las crisis sociales y generacionales debemos eliminar el miedo a hablar de lo que tenemos que hablar ante quienes tenemos que hablar. Y llamar a las cosas por su nombre. Si le perdemos el miedo a la palabra como responsabilidad personal será más fácil tratar también con los otros de lo que resulta inefable.

4. Conclusión: algunas líneas generales de la antropología de Tolkien.

Ha llegado el momento de hacer una breve síntesis de las ideas que les he expuesto.

Una de las ideas principales es que el hombre está llamado a preguntarse por el tiempo que le es dado. Posiblemente la respuesta más común es aceptar los requerimientos de la biología y del instinto de supervivencia. La biología nos llama a buscar el placer y a evitar el dolor. El instinto de supervivencia nos llama a construir mundos donde se evite al máximo el peligro de morir. Llevar una vida confortable en un mundo familiar durante el mayor tiempo posible, ese es el deseo que todos tenemos. Y en ciertas partes del mundo es verdad que esa aspiración se ve casi cumplida.

Los protagonistas de Tolkien han dado una respuesta similar sobre su utilización del tiempo, pero en su vida han desarrollado un conjunto de virtudes pequeñas casi todas ellas derivadas de poner de su parte para la construcción de los mundos pequeños en los que viven: saben cuidar de sus granjas, saben ayudar a sus vecinos, saben hacer bien su trabajo. Ese conjunto de virtudes pequeñas les harán capaces de reaccionar ante las distintas llamadas de lo que Tolkien llama "el Ancho mundo", la realidad que se impone a los planes sobre nuestra existencia. El hombre sencillo bien dispuesto puede asumir ese mundo distinto con sus nuevos horizontes y replantearse bajo otras perspectivas la cuestión de su propio tiempo. ¿Qué quiero hacer con mi tiempo?, o, lo que es lo mismo, ¿cuál es el sentido que le voy a dar a mi existencia? La respuesta de Tolkien es que el hombre debe responder a las llamadas de esa nueva realidad más amplia para poder justificar su existencia ante todo el universo. Y esa nueva respuesta tiene sentido y valor. Un valor dado por los otros y, en último término, por una conciencia que es capaz de juzgar en su auténtica carga ontológica las acciones y las existencias de los seres humanos. La justificación nueva de la existencia del hombre que responde que sí a las nuevas exigencias de la realidad es asumir en los planes propios la llamada del otro y procurar en la vida propia hacer que los demás den también un sentido semejante a su existencia.

La respuesta que el hombre debe dar a su existencia es la respuesta a la virtud que se abre al otro y, al superar la biología y al instinto de supervivencia, hace que el hombre pueda arriesgarse para hacer de su tiempo algo que merezca la pena desde un punto de vista social. No hay historia de Tolkien en la que el final sea la felicidad de uno solo. La felicidad del protagonista es la felicidad de los pequeños héroes que se abre para muchos otros. El ser humano debe plantearse el sentido de su tiempo en contacto con la realidad que le convoca a ello.

Una segunda idea es que la respuesta al sentido de la existencia, cuando deja entrar al otro en su configuración, nunca se pierde. Nada de lo bueno desaparece. Es cierto que esa idea puede parecer ajena a la realidad ya que es cierto que nos damos cuenta de que muchos sacrificios y acciones bondadosas ni siquiera son apreciadas por aquellos a los que se les hace. Pero el bien tiene una fuerte carga ontológica que le hace permanecer como ejercicio de la libertad de los hombres. De hecho somos la suma de los bienes que hemos realizado en el ejercicio de nuestra libertad. Es cierto

que también somos la suma de los males, pero Tolkien premia más el bien que castiga el mal, es más esperanzador y positivo que desesperado y desilusionado. El final, aunque cada uno tenga lo suyo, debe ser una gran reconciliación en la que el bien triunfe y en el que los hombres pongan las condiciones para que permanezca.

La respuesta aventurada y eficaz ante una realidad más amplia que nuestras perspectivas puede justificar nuestra existencia y puede justificar el mundo. Ese es el sentido de la existencia humana como compromiso consigo mismo y compromiso con el resto de la humanidad. Digo esto porque posiblemente todo este conjunto de valores que hemos estado viendo en los puntos anteriores supongan una alternativa a otros conjuntos de filosofías que, contemporáneas a las épocas de redacción de estos escritos, ofrecen una visión más materialista, más egocéntrica y, a la par, mucho más desesperada con el sentido de la existencia humana de lo que Tolkien plantea.

La época en la que Tolkien escribe no es precisamente un lecho de rosas. Vivir las guerras mundiales y sus correspondientes postguerras no es desde luego el mejor de los momentos para hablar de esperanza y de sentido de la existencia. ¿Cómo hablar de la justificación del bien en un tiempo donde se pone de evidente y clara manifestación lo peor del ser humano? Esa situación de desesperanza y de desencanto dio lugar a una literatura poco amiga de la bondad humana. Entre ella estaba, y fue la que sobre todo se impuso, el existencialismo de corte ateo. Pero también surgieron intelectuales, entre los que estaba Tolkien, que vieron la enorme oportunidad que se le brindaba a la especie humana de reaccionar frente a tanta miseria. Claramente los valores que Tolkien estaba proponiendo son los que asumió de su formación cristiana: sentido de la libertad y de la responsabilidad y apertura a los demás desde una visión trascendente de la existencia y de toda la historia. Ciertamente Tolkien no nombra a Jesucristo ni nombra a las otras personas de la Trinidad. Tolkien no hace teología sino literatura. Y lo maravilloso es que lo hace no haciendo explicaciones teóricas sobre cómo debe ser lo humano y los valores humanos sino lo hace directamente contando historias en que se plasman esos valores en los protagonistas.

Tolkien nos cuenta la verdad humana en metáforas y a través de signos nos mueve al compromiso. Posiblemente esa sea su fuerza y lo que ha hecho que se convierta en un autor de culto en muchos ámbitos.

Además, los valores que propone son valores asumibles para todos aquellos que quieran hacer algo con su vida más que dejar que el tiempo pase con más o menos tedio o diversión hasta que la muerte llegue. Leer a Tolkien ilusiona porque no nos habla de los grandes hombres de la historia. Egidio, Niggle y el herrero son hombres pequeños. Pero, permítanme que sea atrevido, ¿no son realmente los hombres pequeños los que construyen los mundos cotidianos en los que podemos realmente vivir?

En resumen, Tolkien habla de un mundo que el hombre puede hacer, un mundo en el que todos podemos ser héroes a nuestra medida convirtiendo nuestra vida en un trabajo que sirva a los demás para afrontar su existencia con esperanza. En este mundo de tanta desesperación y de tanto dolor que nadie se atreve a curar, ¿no es una buena lección la que nos enseña? Por ello creo que Tolkien era un buen conocedor del ser humano y a través de sus relatos propuso una movilización general que hasta ahora sólo en parte se ha producido. Sinceramente creo que en sus propuestas nuestro autor tiene las de ganar. La historia dirá.

Francisco Rodríguez Valls
Dpto. de Filosofía, Lógica y Filosofía de la Ciencia.
Facultad de Filosofía.
Universidad de Sevilla
rvalls@us.es